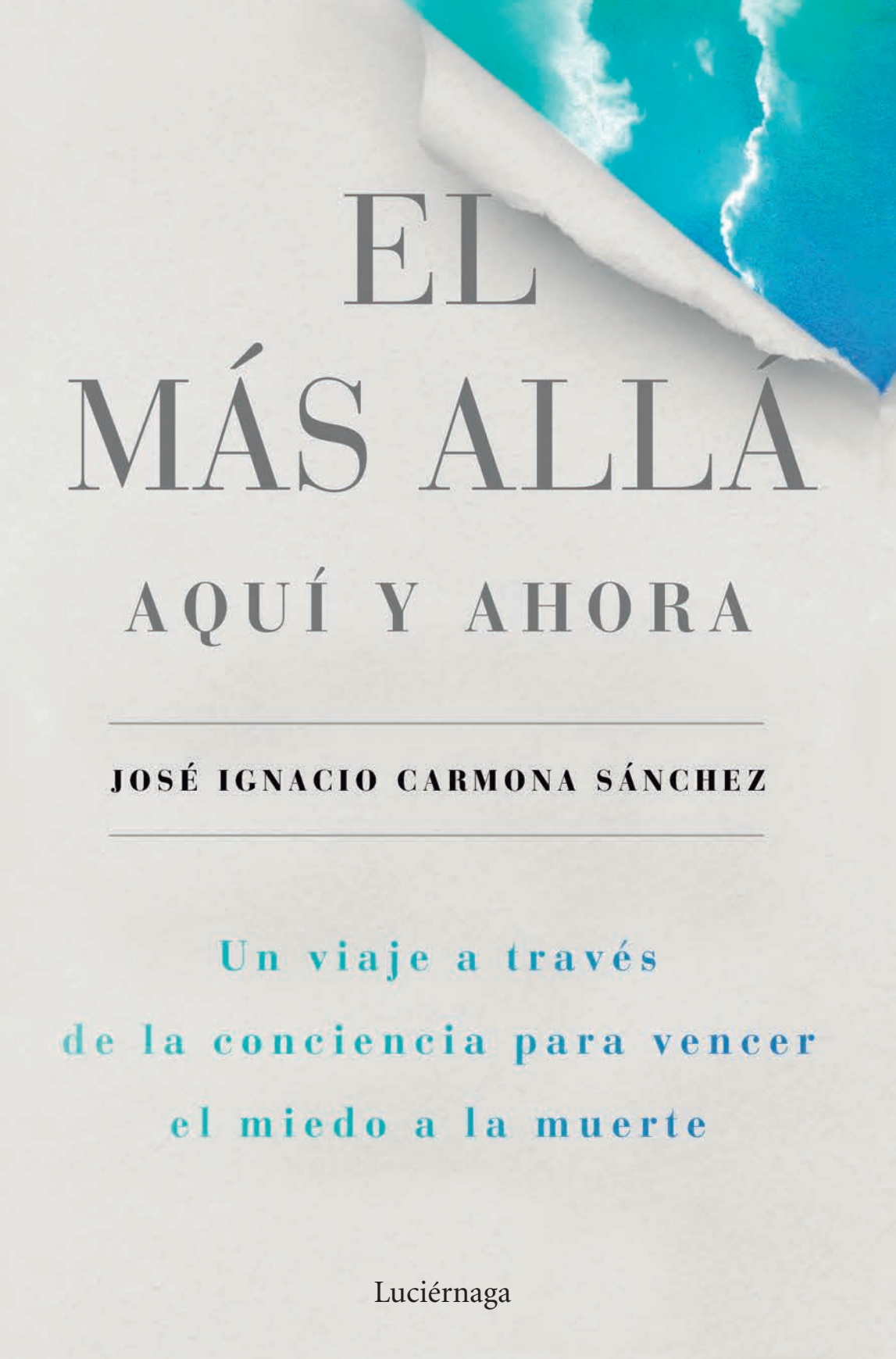




EL MÁS ALLÁ AQUÍ Y AHORA

JOSÉ IGNACIO CARMONA SÁNCHEZ

Un viaje a través
de la conciencia para vencer
el miedo a la muerte

Luciérnaga

EL MÁS ALLÁ, AQUÍ Y AHORA

JOSÉ IGNACIO CARMONA SÁNCHEZ

**Un viaje a través de la conciencia
para vencer el miedo a la muerte**



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: José Ignacio Carmona Sánchez, 2017

Primera edición: mayo de 2017

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Luciérnaga
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-62-4
Depósito legal: B. 7.872-2017

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo	11
Capítulo 1. En busca de una explicación sobre la conciencia	21
Capítulo 2. ¿Podemos hablar de una evolución de la conciencia?	37
Capítulo 3. La eternidad se adivina por entre los resquicios de la conciencia	49
Capítulo 4. En torno a la naturaleza del alma	55
Capítulo 5. Aprendiendo a morir	77
Capítulo 6. En los umbrales de la existencia	89
Capítulo 7. Remontándonos a los orígenes	103
Capítulo 8. El estudio de los fenómenos fronterizos	115
Las voces electrónicas	122
Psicofonías 2016	128
Dos casos paradigmáticos de la investigación TCI	138
La naturaleza cuasi mágica de las propiedades del sonido	143
La extravagante historia del cronovisor: una máquina del tiempo	154
Epílogo	157
Bibliografía	159
Notas	163

Anexo I:

Entrevista con Angela Ghislery, médium y escritora 175

Anexo II:

¿Qué dice la tradición primordial sobre el alma y el espíritu? 183

EN BUSCA DE UNA EXPLICACIÓN SOBRE LA CONCIENCIA

El estudio de la conciencia mantiene paralelismos con la historia de la investigación eléctrica durante la primera mitad del siglo XVIII. Entonces había tantas opiniones sobre la naturaleza de la electricidad como experimentadores de prestigio (Hauksbee, Gray, Desaguliers, Du Fay, Nollet...). Aunque todos los experimentos eran eléctricos y la mayoría de los experimentadores leían obras de los demás, sus teorías no tenían sino un mero aire de familia, proporcionándonos un claro ejemplo del modo en que se desarrolla una ciencia antes de que se cuente con su primer paradigma universalmente aceptado.

Afortunadamente, la ciencia actual ha creado un espacio multidisciplinar, la «interciencia», que espolea más rápidamente el proceso de avance y desarrollo. Anteriormente, la «pluridisciplinariedad» consistía en considerar un objetivo común desde distintos puntos de vista de ciencias yuxtapuestas. El concepto actual de «interdisciplinariedad» tiene, por el contrario, en cuenta las interacciones relacionantes de las disciplinas entre sí. La visión sapiencial del científico ha cambiado desde el nicho de su especialización, ahora acepta puntos de partida o «nudos de realidad» que desencadenan un proceso de investigación en el que unas ciencias llaman a otras o se hacen preguntas cuyas respuestas están en otras ciencias. Supone una superación del concepto cerrado y autosuficiente de la ciencia.

Según el antiguo paradigma, la realidad está ahí y no puedo cambiarla, es el determinismo. Según el nuevo paradigma sí tengo opciones, y las matemáticas muestran las posibilidades que los movimientos pueden adoptar, en forma de probabilidades. Yo escojo la experiencia y cambio mi realidad.

Si permanecemos atentos, repararemos en que la conciencia se ha desarrollado de forma gradual en el transcurso de milenios, y es posible que lo haya hecho subsidiariamente merced a la neuroplasticidad,⁵ pues gracias a ella pensamientos y sentimientos modifican la estructura del cerebro.

Durante muchos años se creyó que a partir de cierta edad la dotación de neuronas no se renovaba. Las últimas investigaciones científicas demuestran que la actividad mental modifica el cerebro. La neuroplasticidad es la capacidad que tiene el cerebro para adaptarse a los cambios y modificar las rutas que conectan a las neuronas.

En marzo del año 2000, investigadores de la Universidad de Londres descubrieron que los taxistas de esa ciudad tenían una parte del cerebro, el hipocampo –región importante para la memoria espacial–, particularmente desarrollada, mucho más que el resto de las personas. Los taxistas desarrollaban más esa zona porque la ejercitaban más, al memorizar cada día calles y rutas.

En 2002, científicos alemanes hicieron los mismos hallazgos en la circunvolución de Heschl de los músicos, área de la corteza cerebral importante para procesar la música, y en 2004, el Instituto de Neurología de Londres obtuvo los mismos resultados en la circunvolución angular izquierda, estructura cerebral importante para el lenguaje, en el cerebro de las personas bilingües.

En su libro *El cerebro se cambia a sí mismo*, el psiquiatra Norman Doidge arroja poderosas pruebas científicas sobre nuestra capacidad de modelarnos a nosotros mismos:

Nuestros pensamientos pueden transformar la estructura material de nuestro cerebro a nivel microscópico, puesto que el cerebro está en constante proceso de adaptación. De modo que la terapia hablada, o incluso la imaginación, pueden cambiar nuestro cerebro.

El secreto de la individualidad humana, los recuerdos, los miedos, las sensaciones, es tema de preocupación continua en muchos órdenes del conocimiento humano. Para la mayoría de los científicos, la respuesta sólo es una, y ésta se concentra en el cerebro, un órgano que con apenas kilo y medio de peso parece soportar el universo entero. Este sofisticado órgano lleva millones de años evolucionando a través de un proceso parecido al de añadir bolas de helado, tal como explica David J. Linden, neurocientífico y escritor: «Las partes inferiores como el cerebelo y el hipotálamo, que rigen acciones orientadas a sobrevivir, como el impulso sexual y comer, no evolucionaron tanto, apenas difieren de las de una lagartija». «Otros centros intermedios que intervienen en el procesamiento de emociones, como el hipocampo y la amígdala, son mucho más refinados en un ratón que en una lagartija.» Ésa sería la segunda «bola evolutiva». «En la cima, el ser humano tiene una corteza cerebral grande y compleja.» Ahí residen pensamientos y lenguaje.

Es cierto que en cuanto a la comprensión del cerebro, los árboles no nos dejan ver el bosque. Se ha dicho que sólo utilizamos un diez por ciento de la mente, pero es un error interpretativo. Mantenemos áreas cerebrales inactivas porque nuestro cerebro está diseñado para echar el freno a veces. Si todas las neuronas estuvieran generando plena actividad al mismo tiempo, se sucedería una catarata de disfunciones mentales. Existen sustancias neurotransmisoras, como la llamada GABA (ácido gamma-aminobutírico), encargadas de inhibir en determinados momentos la actividad neuronal. Este tipo de inhibidores son im-

prescindibles para algunas funciones, como el sueño o la recuperación muscular tras un gran esfuerzo. También existen otras familias de células que hacen funcionar nuestra mente, como las llamadas «gliales», de las que se estima existe un número entre cinco y cincuenta veces mayor que el de las neuronas. Su función es servir de almacén, de malla, limpiando de todo tipo de residuos químicos el camino de unión entre los axones, manteniendo la composición química en el ambiente extracelular de las neuronas.

La materia blanca, la zona más recóndita del cerebro humano, siempre ha sido tierra virgen para los científicos y, sin embargo, es la «centralita» del sistema, y está conformada por millones de neuronas compuestas de núcleo y una larga cola, la fibra nerviosa, que cual antena transmite información de una a otra célula nerviosa. En la materia gris se «descodifica» esa información. El «vuelo rasante» que muchos neurocientíficos como los pertenecientes al Instituto Max Planck están llevando a cabo por entre el intrincado laberinto de fibras grisáceas, armados con tomógrafos y microscopios de última generación, nos puede llevar a elaborar con mayor precisión el plano con las conexiones de los cien mil millones de fibras nerviosas, lo que se traduciría en una mejor comprensión de la estructura de la conciencia.

La complejidad de nuestro cerebro es tal que el científico Van J. Wedeen, del Martinos Center de Boston, asegura, después de haber hecho visibles las fibras nerviosas haciendo uso de un potentísimo aparato basado en poderosos imanes bautizado como «la máquina de Wedeen», que en toda la naturaleza no hay nada que pueda equipararse a estas estructuras que él denomina *grid* (retícula).

Científicos como Winfried Denk, del Instituto Max Planck (Heidelberg), sentencian que la repuesta a males como la depresión o el autismo está en ese cableado neuronal o «red reticular». Denk ha diseñado «el cepillo de Heidelberg», una suerte de cu-

chillo de diamante que extrae capas de treinta nanómetros de un bloque de tejido. Tras cada corte, un microscopio electrónico explora la muestra y va gradualmente formando una imagen en 3D del tejido nervioso. ¿Se podría cartografiar un cerebro completo? Dificilmente. La cantidad de datos que resultaría del escaneo total de un cerebro humano superaría el flujo de información que genera internet en todo un año.

Físicamente no es más que una masa de átomos que se agitan, opinan muchos científicos. Sin embargo, aun conociendo esquemáticamente la estructura del cerebro, el problema al que se enfrenta la ciencia es cómo algo tan inmaterial como la conciencia puede provenir de algo tan inconsciente como la materia. Dicho de otro modo, ¿cómo puede la materia generar la mente?

El problema mente-cerebro, por tanto, constituye un desafío de primera magnitud. Es el desafío por antonomasia, pues casi todas las cuestiones filosóficas más relevantes confluyen en él. Es decir, aun si obtuviéramos una explicación natural de la conciencia, todavía quedaría por justificar nuestra capacidad de formular la idea de la conciencia.

A lo largo de los siglos, muchos filósofos y psicólogos se han esforzado por caracterizar la naturaleza de la conciencia. Pocos han sido tan influyentes como William James (1842-1910). James afirmaba que la conciencia tiene cuatro atributos clave: es personal; es cambiante; es continua; y es selectiva. Las hipótesis sobre la conciencia se agrupan en dos posiciones enfrentadas, la liderada por Daniel Dennett,⁶ de la Universidad de Tufts, que defiende que la conciencia y la experiencia subjetiva son simples funciones de las redes neurales, y la tesis de Thomas Nagel,⁷ quien contraargumenta afirmando que la explicación de la experiencia subjetiva requiere de un nuevo principio más allá de las redes neurales.

John R. Searle⁸ es categórico y opina que habrá que esperar al nacimiento de un nuevo Newton dedicado a la neurofisiología

para que postule un principio emergente de la conciencia. Otros, en cambio, son más osados en su intento de cartografiar la conciencia.

Figuras como el filósofo Alva Noë⁹ nos instruyen en que la conciencia no es subproducto del cerebro, sino que, a la inversa, la tarea del cerebro es posibilitar un patrón de interacción dinámico entre la conciencia, el cuerpo y el mundo.

En 1995, el filósofo australiano David Chalmers declaró que existía un problema difícil y un problema fácil de la conciencia. El primero consistía en explicar cómo puede ser que un sistema físico genere estados conscientes, algo del todo irresoluble, según él. En cambio, el problema más fácil, que podría solucionarse siguiendo la metodología sistemática de la ciencia, sería explicar cómo guarda y computa información el cerebro.

Francis Crick, biólogo y físico que obtuvo el Premio Nobel gracias a la descripción de la doble hélice del ADN, fue quien se atrevió a dar el más reciente paso en el intento de acabar con el ostracismo científico en el que se encontraba el estudio de la conciencia. Crick cree que la conciencia emerge del rápido disparo simultáneo de las neuronas de diferentes partes del cerebro. En 1995 vio la luz el libro *La búsqueda científica del alma*, en cuyas páginas Crick declaraba:

Nuestros gozos y nuestras penas, nuestros recuerdos y nuestras ambiciones, nuestro sentido de identidad personal y de libre albedrío, no son en realidad sino la conducta de vastos ensamblajes de neuronas y de sus moléculas asociadas.

Michael Graziano, neurocientífico de la Universidad de Princeton, va en la misma dirección de considerar a la conciencia como una mera ilusión de la actividad bioquímica. En su opinión, el cerebro crea un modelo para controlar la selección de

estímulos y le atribuye propiedades cuasi mágicas. Según sus declaraciones, «podría compararse con la función de un ventrílocuo cuando nos quiere hacer creer que un muñeco tiene personalidad... No hay impresiones subjetivas, sólo información en un dispositivo que procesa datos».

En tanto que el neurólogo Antonio Damasio opina que el pensamiento no es pura lógica; el cerebro no trabaja manipulando fórmulas lógicas sino manejando imágenes representativas. En las zonas de convergencia, es decir, el córtex prefrontal, se funden imágenes dispares: el pensamiento, la memoria, la experiencia y la emoción entran en conflicto, planteando un orden para nuestra atención más inmediata, y ésta es la que corresponde a la conciencia. Muchos científicos han considerado durante mucho tiempo esta parte del cerebro como sede del alma, del ego o de la personalidad, apoyándose en modelos neurológicos sobre personas que han sufrido daños en las regiones frontales, como el caso de Phineas Gage.

Phineas Gage fue herido en una voladura de roca en 1848, cuando una palanca le atravesó el cráneo y el lóbulo frontal izquierdo. Milagrosamente, Gage no murió, sino que recobró el sentido y pareció seguir una notable recuperación, aunque le cambió la personalidad drásticamente. De ser un trabajador serio pasó a ser poco fiable y propenso a la agresividad y a la blasfemia. Su caso se cita como prueba de que el lóbulo frontal rige la personalidad.

Hay detractores como Daniel Dennett, quien afirma que la conciencia no está localizada solamente en esa área identificable del córtex, sino que surge de todas las actividades cerebrales.

El tema del cerebro no se agota aquí. A mediados de los sesenta, John Lorber, neurólogo inglés que llevó a cabo el estudio sistemático de muchos casos parecidos, conoció a dos niños que sufrían hidrocefalia, enfermedad caracterizada por la presencia anormal de gran cantidad de líquido cefalorraquídeo en el cere-

bro. Como consecuencia de ello puede pensarse que ni uno ni otro niño poseían córtex. A pesar de esta carencia, el desarrollo mental fue normal, aunque uno de ellos murió a los tres meses. Lorber refirió otro caso de un joven con una cabeza ligeramente más gruesa de lo normal y «virtualmente» sin cerebro, y que a pesar de ello era un genio de las matemáticas. Los reproches que había que Lorber por parte de sus colegas se dirigían a su falta de concreción debido a la poca información que aportaba sobre la masa nerviosa faltante. No obstante, Lorber enfatizaba que el hecho extraordinario que había que resaltar era que un estudiante con apenas 150 g de cerebro tuviera el comportamiento de alguien con un cerebro normal, cuyo peso está en torno al kilo y medio. Patrick Wall, profesor de anatomía en la Universidad de Londres, destacaba que «decenas de casos parecidos han aparecido en la literatura médica» desde hacía tiempo.

Roger Penrose, profesor de la Universidad de Oxford y autor de obras como *La nueva mente del emperador* o *El camino a la realidad*, considera que la comprensión científica de la mente humana no puede reducirse a los esquemas simplistas de quienes sostienen que la mentalidad consciente procede como un ordenador y puede explicarse en términos computacionales. A su juicio, la «comprensión» es algo que va más allá de la mera computación, y es muy posible que la conciencia aparezca a partir de la materia, el espacio y el tiempo.

Penrose aporta una batería de pruebas, y nos narra, por ejemplo, cómo a mediados de los años setenta, H. H. Kornhuber y sus colaboradores utilizaron electroencefalogramas (EEG) para registrar señales eléctricas en diversos puntos de la cabeza de varios voluntarios, y tratar así de cronometrar cualquier actividad cerebral que pudiera estar asociada con un acto de «libre albedrío» (el aspecto activo de la conciencia). A los voluntarios se les pedía que doblasen el dedo índice varias veces, pero que lo hicieran repentinamente, en instantes que fueran completamente de

su propia elección, con la esperanza de poder cronometrar la actividad cerebral involucrada en la voluntariedad. A partir de las trazas del EEG, lo que encontró fue el sorprendente resultado de que el potencial eléctrico registrado parecía aumentar gradualmente en un tiempo del orden de un segundo y medio antes de la flexión del dedo, de lo que pudo deducirse que el acto consciente del libre albedrío es una pura ilusión y, en cierto sentido, estaba ya programado de antemano en la actividad inconsciente precedente del cerebro.

Más recientemente, en 1980, dos neurofisiólogos de la Universidad de Lund, Niels A. Lassen y Peter Roland, realizaron experiencias parecidas abriendo un nuevo proceso. Inyectaban en dosis muy reducidas un producto radiactivo en el sistema vascular de sus voluntarios cobayas. Éstos estaban equipados con un casco dotado de 254 detectores de radiaciones. El objetivo era detectar las regiones del cráneo donde era más importante el flujo sanguíneo y por tanto las regiones más activas del cerebro. El test consistía en pedir a estos sujetos que realizaran cierto número de movimientos sencillos con los dedos. Se descubrió entonces que una fracción de segundo antes de ordenar el movimiento, la sangre aflucía a una zona muy concreta del cerebro, a la cúspide del cráneo, y a la zona del córtex correspondiente a los movimientos. Es decir, medio segundo antes de efectuar el movimiento, el EEG registraba ya actividad en la zona cerebral que rige la mano.

Así pues, el fenómeno de la conciencia ¿precede al cambio inducido en el cerebro? Dicho de manera diferente, ¿percibe la conciencia la causa antes de percibir el efecto?

Penrose y otros muchos científicos mantienen esta tesis y nos instruyen en que las conexiones entre las neuronas están controladas a un nivel más profundo, donde debe existir una actividad en la frontera cuántico/clásico. Esto explicaría que, aun conociendo el mecanismo por el que los estímulos procedentes del

mundo exterior llegan al cerebro a través de los tejidos nerviosos, no supiéramos la manera en que esto daba origen a una visión subjetiva del mundo.

Amit Goswami¹⁰ introduce una interesante matización, al precisar que la conciencia no sólo es un componente básico del universo, sino que existe en forma de energía. Quizá lo anterior sea congruente con lo que nos traslada el físico cuántico David Bohm¹¹ cuando alude a un «orden implicado, a saber, un campo básico y multidimensional de información con principios holográficos».

En cualquier caso, en el seno de la Royal Society es tema constante de debate la posibilidad de que el cerebro sea un sistema mecánico-cuántico. Es de esperar que no anatemicen a los científicos que están anticipándose al futuro, aunque hay un consenso generalizado alrededor del espacio-tiempo que deja el campo abierto a estas y otras hipótesis provocadoras. El espacio-tiempo suele explicarse pidiéndote que imagines algo plano pero flexible –como un colchón– sobre el que descansa un objeto redondo y pesado, como por ejemplo una bola de hierro. El peso de la bola hace que el material sobre el que está apoyada se estire y se hunda levemente. Esto es más o menos lo que hace el Sol (la bola) sobre el espacio-tiempo (el colchón): lo hace estirarse, curvarse y combarse. Luego aparece la gravedad como producto de un pandeo del espacio-tiempo.

A tenor de ese escenario que nos presentan estos científicos reconvertidos en cuasi místicos, hay algo de verdad en que todos somos reencarnaciones efímeras, pues al estar todo interrelacionado, consecuentemente la clave que quedaría por desentrañar se encuentra en las extrañas relaciones que se establecen entre información y energía. El famoso divulgador Bill Bryson, en su libro *Una breve historia de casi todo*, nos recuerda cómo los átomos, que están en la base de todo, son fantásticamente duraderos y viajan mucho; ésa es la razón por la cual los átomos que con-

forman lo que somos es muy probable que hayan pasado por varias estrellas y formado parte de millones de organismos en el camino que han recorrido hasta llegar a ser tú. Probablemente esos mismos átomos pertenecieron alguna vez a Shakespeare, Buda, Gengis Kan, etcétera.

La conciencia plena e infinita pudiera estar presente en todas partes, en una dimensión que no está ligada ni al tiempo ni al espacio, donde pasado, presente y futuro existen y son accesibles a la vez. Gary Lachman¹² narra en su libro *Una historia secreta de la consciencia*¹³ cómo el filósofo y novelista ruso P. D. Ouspensky tenía la sensación del *déjà vu* o eterno recuerdo, consistente en trasladar a quien lo padece la vívida impresión de haber estado en ciertos lugares o haber vivido ya una experiencia que habría de ser novedosa. Esta obsesión le llevó a interesarse por la «cuarta dimensión», que supuso objeto de especulación popular a principios del siglo xx. Ouspensky cayó en la cuenta de que la imagen de nosotros mismos o de otros está limitada por el instante en que la vemos, pero el individuo «real» es la fotografía completa de la propia vida extendida en el tiempo.

Terence Gray opinaba que el propio acto de la cognición realizado por la mente normal tiene el efecto de dividir el mundo entre sujeto y objeto. El cerebro sería una suerte de transceptor, una interfaz que integra en nuestra conciencia despierta parte de nuestra conciencia total y parte de los recuerdos.

El neurocientífico Patrick Haggard, del University College de Londres, abunda en que antes de que hagamos algo tan simple como escoger si beberemos té o café en el desayuno, nuestro cerebro ya ha escogido previamente la opción, hecho éste refrendado por los estudios de Angela Sirigu, neurocientífica del Centro de Neurociencia Cognitiva del CNRS de Francia, quien asevera que es posible predecir el comportamiento humano en tres de cada cuatro casos y anticipar los propósitos y deseos de estos sujetos

incluso antes de que ellos los conozcan. Así pues, ¿quién elige el camino?

Ya vimos cómo Roger Penrose nos daba la clave a través de una dinámica interrelacional cuántico-clásica.

La teórica cuántica ha reducido el misterio de la materia a unos pocos postulados. En primer lugar, que la energía no es continua, sino que se presenta en paquetes discretos llamados «cuantos». En segundo lugar, que las partículas subatómicas tienen propiedades de partículas y ondas. El principio de incertidumbre establece que no se pueden conocer simultáneamente la posición y la energía que presenta una partícula subatómica. La figura del observador es la que decide.

En la década de 1920, el biólogo Paul Weiss, partiendo de la regeneración de extremidades de los anfibios, acuñó el término «campos morfogenéticos», haciendo alusión a campos organizadores de datos formativos que guían el desarrollo de una forma particular de estructura o ser vivo. La transferencia de información a partir de los campos se produce mediante la resonancia; dicho de otro modo, la vibración en idéntica frecuencia y fase.

Toda célula viva posee estructuras moleculares vibratorias, y el intercambio de información entre el campo y las estructuras celulares vivas se produce a través de la resonancia de estas frecuencias específicas, una teoría defendida y actualizada por el biólogo inglés Rupert Sheldrake. Éste ponía el ejemplo de cómo un grupo de ratas que no estaban en contacto con otras aprendían y compartían automáticamente la experiencia de sus alejadas congéneres, por mor de la interacción con el campo colectivo de información mórfico.

La idea fundamental es que el hombre no es más que un elemento activo y pensante del cosmos. Así pues, los avances científicos parecen sancionar algo que ya sabíamos: los recursos psíquicos del hombre no sólo se limitan cual automatismo al control de los músculos lisos o ciertas funciones vitales, sino que a través

de métodos de cultura humana como el yoga, se comprueba que sí somos capaces de desarrollar muchos otros potenciales.

El conocimiento adquirido sobre el mecanismo de la conciencia se basa en el empleo de técnicas de representación óptica (resonancia, tomografía...) que registran el flujo de sangre en el cerebro durante los distintos estados mentales. Se han llevado a cabo muchos estudios, algunos no por extravagantes menos interesantes.

Cuenta Peter Fenwick¹⁴ en su libro *El arte de morir* cómo a dieciséis chamanes se les pidió que eligieran a un amigo con quien mantuvieran una estrecha relación y al cual creyesen poder practicarle una cura a distancia. Cada amigo se colocó bajo un escáner de IRMf,¹⁵ con el que se medirían los cambios en la oxigenación sanguínea y el flujo de sangre en los distintos puntos del cerebro. Todos manifestaron cambios importantes, concentrados en las áreas emocionales del cerebro. Lo interesante era que eso sólo sucedía con quienes tenían un vínculo emocional con el chamán, con aquéllos que estaban, por decirlo de algún modo, «previamente entrelazados» mediante algún tipo de conexión de mentes, por tanto, de cerebros.

Muchos experimentos van en la misma dirección, demuestran que en muy precisas condiciones, una cierta «coherencia» se establece entre las personas, por ejemplo durante una meditación grupal.

Programas de investigación sobre la sociología de la meditación han ido más allá intentando verificar el efecto de estas resonancias en el terreno más inmediato de la experiencia humana. Después de que un amplio número de personas (en este caso, siete mil) meditaran simultáneamente durante una semana, los índices de turbulencia y conflicto mundial descendían sensiblemente, es decir, había una relación estadísticamente comprobada, que podía ser atribuida a ese campo de conciencia intencionado. Asimismo, hace décadas las autoridades de

Brasil, viendo el enorme costo económico y sociosanitario que suponían los disparados índices de enfermedades psiquiátricas e hipertensión en la población, introdujeron un programa piloto que incluía técnicas de meditación. Descendió automáticamente el número de personas que acudían a consulta médica por estas dos razones.

En cualquier caso, todos estos experimentos afianzan la tesis de que la mente pudiera funcionar como un campo. Lo que percibimos como distintas calidades de materia son en realidad diferencias en su periodicidad. La conciencia humana posee la capacidad única de percibir la diferencia entre las relaciones absolutas y transparentes contenidas en las formas insustanciales de un orden geométrico (las plantas llevan a cabo la fotosíntesis sólo gracias a un complejo diseño geométrico dozado) y las formas transitorias y cambiantes de nuestro mundo real.

Los científicos de hoy han reparado en algo fundamental. La filosofía materialista, al construirse lógicamente, tiene un fundamento real en la naturaleza. Pero la ignorancia de un hecho hará errar a la lógica. Convenientemente, los nuevos científicos usan la inteligencia como un hendedor; discierne y saja su camino en el secreto de las cosas, como diría Thoreau.¹⁶

Una sola célula nunca podría realizar acciones inteligentes.¹⁷ La especialización de las células en el tejido corporal está determinada en parte por la posición espacial de cada célula en relación con las demás células de su zona, así como por una imagen informativa de la totalidad a la que pertenece. Esta conciencia espacial a nivel molecular podría ser considerada como la geometría innata de la vida. Una mente surge sólo como «conectoma», o resultado de un conjunto de conexiones. Algunos científicos como Sebastian Seung especulan con desentrañar ese «conectoma» y remiten a colegas obsesionados con que a partir de ello pueda conseguirse «la inmortalidad». Sorprendente oír esto último en boca de algunos científicos.¹⁸

Sin embargo, recientemente, en el transcurso de la redacción de este libro, fijé mi atención en un titular de prensa que me hizo reflexionar sobre lo anterior: «Científicos se lanzan a la búsqueda de vida más allá de la muerte».¹⁹ Al parecer, un equipo liderado por el microbiólogo Peter Noble analizó más de mil genes en tejidos de peces cebra y ratones y descubrieron que algunos de ellos vivían incluso hasta cuatro días después del deceso, en el caso de los peces, y dos días en el caso de los roedores. Lo más interesante, a tenor de lo publicado por la revista *Science*, es que algunos genes vivían más tiempo y algunos llegaban a aumentar la actividad después de la muerte. Es el caso de los genes asociados al desarrollo embrionario. Éstos, según se creía, dejan de funcionar cuando cumplen su tarea, es decir, en el nacimiento. Así permiten que las células empiecen a diferenciarse y constituyan todas las partes que componen nuestro organismo.

¿Podrían aparecer otros genes con actividad post mortem aún no identificados?

Sí. Puede que haya otros genes asociados a otras funciones que aún no se han detectado, aunque no se descarta que desempeñen un papel que no sea muy relevante.

El envejecimiento es una enfermedad que nos ocurre a todos y de la que nadie escapa. Cuando nos hacemos viejos, la incidencia de la enfermedad es más alta. Algunos científicos, como el español Juan Carlos Izpisúa, llevan años intentando entender cómo determinados animales, como las salamandras o algunos peces, pueden volver atrás y regenerar sus órganos, y cuáles son las células y los genes implicados en ese proceso. Lograron identificar cuatro genes que añadieron a un animal de experimentación; sus órganos se regeneraron y el animal, en este caso un ratón, vivió más tiempo, un 30 por ciento más.

Cuando logren terminar de entender este proceso, lo trasladarán sin duda al ser humano. Del mismo modo, los científicos como Izpisúa están convencidos de que las células pluripotentes,

es decir, aquéllas que tienen el potencial de dar lugar a cualquier célula del organismo humano –las llamadas células madre–, se podrán introducir en el embrión de animales como el cerdo y hacer que crezcan dentro del animal, de modo que se logre un tamaño de órganos y una fisiología similares a los de un ser humano. Así pues, respecto del mecanismo de la vida, dejémonos de aseveraciones definitivas y permanezcamos atentos a lo que de ello nos dice la ciencia del futuro.

En conclusión: el problema mente-cerebro deberá resolverse científicamente, sí, pero explicar la estructura y el funcionamiento de un fenómeno no agota su comprensión. Los filósofos, pues, no han de enmudecer como meros espectadores de los hallazgos científicos, sino seguir planteando preguntas metodológicas y estratégicas sobre los enigmas aún latentes, con vistas a la orientación de la vida humana.